

Sr. Carlos Esteban Deive
Premio Nacional de Literatura 2001

Palabras de Agradecimiento

La Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Cultura nos han convocado a esta espléndida sala para hacernos partícipes, como reza la invitación, del acto que consagra a quien les habla como Premio Nacional de Literatura 2001. Sé muy bien que hay otros escritores e intelectuales tan merecedores, e incluso más que yo, de tan enaltecida distinción, que acepto con gran humildad, pero también con satisfacción. El Premio Nacional de Literatura, que bien pudiera calificarse de nuestro Nobel dominicano, honra sobremanera al que lo recibe y lo compromete a superarse cada día más. Espero ser digno de él. Vaya, pues, mi profundo y sincero agradecimiento a la Fundación Corripio, a la Secretaría de Estado de Cultura y al jurado que, en esta ocasión, tuvo a bien, él sabrá por qué, otorgarme dicho galardón.

El 27 de noviembre de 1955, un día después de mi llegada al país en una especie de barco esclavista que transportaba emigrantes desde Europa a América, me dediqué a vagar por las calles de Santo Domingo. Tenía 18 años y aún recuerdo vívidamente que caminaba con los cinco sentidos en alerta máxima, como queriendo absorber de un solo golpe cuanto me rodeaba. El pregón de un marchante, la risa de una joven mulata, el paso cansino de una mula maltraída, el paletero de una esquina, me descubrían un mundo inédito.

Lo primero que atrajo mi atención en la avenida Mella fue el Mercado Modelo. Al entrar en el vi un enorme montón de plátanos. Compré uno y me dispuse a saborearlo con golosa fruición. Más, ¡ay! Al pelarlo, el bendito plátano opuso una feroz resistencia. Una y otra vez mis uñas y dientes se hincaban en vano sobre la dura corteza ante la mirada burlona del vendedor, quien seguía en silencio, a punto de reventar de la risa, el desigual combate hasta que, al cabo de un rato, compadecido tal vez de mis jadeos y sudores, me dio un guineo, diciéndome: “España, prueba con este”.

Abochornado, juré que nunca más me ocurriría algo semejante y allí mismo, yendo de puesto en puesto, apuré las primeras lecciones de etnografía y léxico dominicanos, convencido de que mi destino estaría para siempre indefectiblemente unido al del país.

Gracias a la generosa ayuda de unos buenos dominicanos, trabajé en un inicio en un bufete de abogados y, poco después, en una agencia comercial. En ella duré cinco días. El horario era de mañana y tarde y de lunes a sábado. El viernes, al concluir la jornada, me acerqué al gerente y le presenté mi renuncia. El hombre se llevó las manos a la cabeza. “Tú estás loco y por eso no sabes lo que haces”, me recriminó aguantando las ganas de propinarme un pescozón... “Lo de mi locura es cierto” le respondí, “pero sí sé lo que quiero”.

Yo no había venido a República Dominicana con la intención de enriquecerme. Lo que deseaba vehementemente era terminar mis estudios de Filosofía y Letras que había empezado en la Universidad de Santiago de Compostela y, para lograrlo, necesitaba tener las tardes libres. Quizás algunos de ustedes estarán preguntándose por qué abracé el ejercicio de las letras. Aunque parezca extraño y paradójico, el origen de mi vocación por la literatura obedeció a mi absoluta falta de interés por ella.

Luego de siete años de bachillerato, tuve que presentarme, a fin de obtener el título, a un examen recopilatorio. El examen se efectuaba en la capital de mi provincia, ante varios profesores totalmente desconocidos uno por asignatura y alineados a lo largo de una mesa. A él acudían centenares de jóvenes de varios pueblos y ciudades que, como yo, habían hecho sus estudios en colegios privados. Se nos llamaba por orden alfabético de apellidos y debíamos pasar de profesor en profesor -Historia, Física, Latín, Matemáticas, Griego...-, con el agravante de que eran exámenes orales. Aquello era un suplicio peor que el de Tántalo.

Cuando me presenté al profesor de Literatura, este me preguntó con cara ceñuda “¿qué obras importantes ha leído usted?”. “Ninguna”, le dije a sabiendas de lo que me esperaba. Era verdad. “Pues entonces vuelva en septiembre y que Dios lo ampare”.

En mi pueblo, le comenté lo sucedido a un sacerdote amigo, quien me prestó dos libros. Uno era una novela mediocre de un autor de principios del pasado siglo: Alejandro Pérez Lugín. Se titula “La casa de Troya” y versa sobre la vida bohemia y un tanto disparatada de los estudiantes de la universidad gallega de Santiago. El otro contenía tres piezas teatrales de Eduardo Marquina.

El profesor de Literatura me hizo la misma pregunta al enfrentarme de nuevo a él en septiembre, pero en esta ocasión iba preparado. “Entre otras muchas, me gusta el teatro de Marquina”, le dije y, acto seguido, le recité, engolando la voz y muy en pose de juglar, una estrofa de la obra “En Flandes se ha puesto el Sol”, una estrofa cuyo último verso era este:

“España y yo somos así, señora”. El profesor debió sentirse hondamente conmovido en lo más íntimo de sus fibras patrióticas, porque asintió complacido y prosiguió con el examen.

Meses después, y para complacer a mi padre, quien anhelaba para mí un futuro halagüeño y seguro como empleado de la Administración Pública, viajé a Madrid con el propósito de optar a una plaza en el honorable cuerpo de Correos y Telégrafos. Discurría enero y un invierno extremadamente crudo mantenía a España bajo una gruesa capa de nieve. Los aspirantes a telegrafistas éramos miles y las plazas pocas. Había que tener una voluntad de hierro para aprenderse de memoria, como parte de otros muchos temas y materias, los nombres de todos y cada uno de los pueblos y ciudades españoles que contaban con una oficina de telégrafos, lo que, en mi caso, estaba muy lejos de haber conseguido. Tal es la razón por la cual en mi curriculum no figura el ser especialista en morse.

Mi padre me había dado dinero para pagar el hotel, la comida y el viaje en tren en segunda clase. Un par de horas antes de comprar el billete de vuelta a mi pueblo, acerté a ver en una librería varios ejemplares de la novela ganadora del Premio Planeta de ese año –hablo de 1953-. Sin pensarlo dos veces, adquirí uno y regresé a mi casa en un vagón de tercera clase con asientos de listones de madera, las ventanas del compartimiento rotas y un frío que hacía crujir mis huesos con tanta furia que por momento sentía como si se partiesen en mil pedazos. Aquel viaje infernal

duró 16 horas, pero la lectura de dicha novela me inclinó irremisiblemente y definitivamente hacia la literatura.

Finalizar mis estudios en la universidad, como quería, me obligaba, como dije, a disponer de tiempo libre, pero también a hallar cómo mantenerme. Valiéndome de nuevo del favor de los dominicanos, obtuve una miserable beca para realizar un curso como técnico en Sanidad Ambiental. Uno de mis compañeros de curso era el hoy periodista Francisco Álvarez Castellanos. Entre clase y clase le enseñé una canción gallega y todavía, cuando nos vemos casualmente en algún lugar, la cantamos a dúo.

Nombrado inspector de Sanidad, desempeñé esas funciones durante un mes sin mucho entusiasmo. Mi interés por Aristóteles y Dostoyewski no se compadecía con las inspecciones a ventorrillos y pulperías. Gracias a Dios, un Foro público me libró de esa insoportable contradicción existencial. En él se denunciaba la falta de higiene en los establecimientos comerciales del sector que se me había asignado. Fue la única vez que me alegré de que me hubiesen cancelado de un trabajo.

De inspector de Sanidad pasé a corrector de pruebas en el periódico "El Caribe", en ese entonces dirigido por don Rafael Herrera. Dados mis intereses y preocupaciones, fue sin duda, un salto realmente cuantitativo. Marcio Veloz Maggiolo realizaba la misma ingrata tarea que yo. Durante las breves pausas que nos permitíamos, conversábamos sobre literatura, leíamos una novela y soñábamos con lo que escribíamos. Así nació una sólida y entrañable amistad que ha sobrevivido a 45 años de avatares y que aún se mantiene inalterable. Juntos fuimos nombrados con el recordado Máximo Avilés Blonda, profesores de Historia de la Cultura en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Juntos participamos en la lucha contra los remanentes del trujillato y juntos inauguramos, en calidad de investigadores, el Museo del Hombre Dominicano. Han sido la suya y la mía, dos vidas casi paralelas.

No ha de sorprenderles, por tanto, que sea Marcio Veloz Maggiolo el que hable de este acto, seguro como estaba de que se desataría en elogios a mi persona y obra. Gracias, Marcio, por tu inmensa generosidad

y gracias, sobre todo, por haberme brindado la oportunidad de conocerte y de aprovecharme de tu gran calor humano.

Uno de los muchos oficios u ocupaciones que cada quien puede e incluso está obligado a elegir en un momento de su vida es el de escritor. ¿Por qué ese y no, por ejemplo, los de alguacil, agente de Bolsa, abogado o peluquero. ¿Qué es lo que nos lleva a preferir uno u otro? Suele afirmarse que uno nace para ser médico o detective, que la vocación se lleva en la sangre. Francamente, yo no creo en el determinismo biológico. Son las circunstancias, el entorno social, la educación, los factores que influyen en la selección de nuestro proyecto vital. Si aquel profesor de Literatura al que antes aludí no me hubiese preguntado qué autores había leído, hoy no estaría aquí dirigiéndoles la palabra.

Sucede, por otra parte, que, luego de decidido lo que queremos ser, resulta sumamente difícil cambiar de rumbo. En el caso que nos ocupa, se es escritor para siempre y no hay manera de evitarlo. Pedir a un escritor que deje de escribir es como pretender que el macho latinoamericano renuncie a emitir un suspiro de naturaleza táctil cada vez que pasa por su lado una mujer hermosa.

García Márquez ha dicho repetidas veces que escribe para que sus amigos lo quieran más. Se trata, el de García Márquez, de un gesto simpático y digno de aplauso, pero me temo que no sea del todo cierto, y que me perdone el atrevimiento. Otros en cambio, aseveran que escriben para divertir a sus lectores, lo cual me parece una explicación aceptable aun cuando el viejo concepto de novela entendida como una narración más o menos ficticia destinada a servir de entretenimiento parece haber pedido vigencia. Esto no significa que no subsista el relato fantástico repleto de mundos mágicos y fabulosos y cuya función primordial es la de evadirse, aunque sea por unas horas, de la realidad vulgar y atosigante. Las novelas de aventuras siguen atrayendo a muy respetable masas de lectores, ávidos de hazañas heroicas y de recrearse en la descripción de paisajes exóticos.

En lo que a mí atañe, no soporto las novelas aburridas, esas que hacen bostezar sonoramente. Prefiero los relatos de acción en los que la

trama ocupa el centro del quehacer del escritor, los relatos que cuentan cosas y me atrapan hasta el punto de no poder abandonar su lectura. Soy, lo confieso sin vergüenza, un apasionado de las novelas de ciencia-ficción, de los thrillers políticos, de las narraciones policiacas con su buena dosis de intrigas y enredos, crímenes misteriosos, perspicaces sospechas e inteligentes deducciones como las que llevan a cabo Sherlock Holmes o el inimitable personaje de Conan Doyle. Detesto, por el contrario, las novelas que carecen de intriga, como aquellas que, por la década de los años 60 del pasado siglo, cultivaron varios escritores franceses pertenecientes a la denominada *nouveau roman* o “escuela de la mirada” y en las que el hombre es desplazado por los objetos, se disuelve en medio de ellos y nada es nombrable ni decible; novelas elaboradas cuidadosamente con regla y compás cuyos autores se detienen con enfermiza morosidad en la descripción, durante docenas y docenas de páginas, de un esquema geométrico volcado sobre la superficie de las cosas.

Lejos estoy, sin embargo, de creer como sostiene Pierre de Boisdeffre, que la literatura se haya convertido, junto con la prensa, en un cuarto poder, queriendo así otorgarle una supremacía que nunca ha tenido. Como muy bien decía José Saramago hace apenas una semana, la literatura no puede cambiar el mundo ni acabar con las injusticias sociales, la intolerancia, la miseria o la prepotencia de los mandamases del momento. Suponer que un escritor pondrá fin, con solo el empleo de su pluma, a todos esos males, no es otra cosa que una tonta ilusión, una vana e inútil esperanza.

Hubo una época en que el escritor, si quería ser bien visto y disfrutar del aprecio crítico de sus colegas, debía comprometerse con la revolución, ayudar, con su obra, a transformar la sociedad, vincularse con el prójimo, entendido ese compromiso a la manera sartreana. Todo novelista, dramaturgo o poeta que no se identificaba con una causa era calificado de insolidario, conservador o reaccionario. Había que defender el socialismo, la libertad, la democracia. Ahora bien, hacer eso es, a mi modesto entender, sumamente fácil y no requiere de especiales dotes. Lo difícil y complicado es, en cambio, escribir bien.

Soy de los que sostienen que la literatura es, por encima de cualquiera otra consideración, una obra de arte y que, como tal, ha de valorarse. Lo que en ella importa, lo que le otorga verdadera significación y alcance, no es tanto su contenido como el empleo del lenguaje. Lo propio acontece con la pintura. Más que lo mostrado en el lienzo, quien lo admira suele detener su mirada en la composición de la obra, en el juego de luces y sombras, en el manejo de los colores. Si la materia prima del pintor es el óleo o la acuarela, la del escritor es la palabra.

Yo envidio rabiosamente a aquellos escritores que, según pregonan, no tienen problema alguno en llenar veinte o treinta folios en menos de una hora. Nada me gustaría más que compartir con ellos esa especie de diarrea lexicográfica. Escribir es para mí una tarea agobiante y dolorosa, una agonía insoportable, una guerra permanente que tiene como enemigo la palabra. Construir una frase u oración correctas, con su ritmo apropiado, sin repeticiones ni anfibologías y que mantenga cierta cadencia, me produce náuseas y mareos. La palabra se me resiste y por eso, delante de mí, como compañero fiel e inseparable, tengo siempre el diccionario. Jamás podría escribir sin recurrir a él a cada instante. Yo escribo, lo reconozco sin sonrojo, por puro masoquismo.

Si el escritor no puede, como queda dicho, cambiar el mundo, tampoco hay que ponerle mucho caso a Cioran, ese gran pensador rumano incorregiblemente iconoclasta, para quien la novela es una ciencia de la banalidad y su autor un ser superfluo que sale sobrando. De participar de su opinión, ¿qué diablos estamos haciendo, ustedes y yo, en esta sala? Así, pues, la pregunta que se impone es si la novela sirve para algo y qué puede ser ese algo.

Por de pronto, y siguiendo la teoría de Julián Marías, a la que me uno incondicionalmente, resulta evidente que la novela es un método de conocimiento, un modo de penetrar en la íntima contextura de la vida humana, de hacer patente la historia del hombre, de mostrar en toda su plenitud la particular existencia de cada uno de nosotros. Esa condición de método de conocimiento asignada a la novela le permite crear personajes ecuménicos por cuanto, sin llegar a la verdad en el sentido abstracto de la filosofía, se constituye en una forma de saber, secundaria si se quiere,

pero no menos efectiva que aquella, saber que, no obstante, al operar sobre el hombre concreto y en un ámbito local, adquiere universalidad y validez en cualquier tiempo y lugar. De ahí que la narrativa contemporánea merezca ser tratada como una ciencia auxiliar de la antropología.

Además de ser un método de conocimiento, la novela posee una poderosa virtud. Gracias a ella, el lector puede vivir otras vidas distintas a la suya, experimentar otras emociones y satisfacer otros deseos. Nada más cierto e inobjetable que la vida de cada hombre o mujer es una vida singular e intransferible. Ningún humano, que sepamos, nace con una vida hecha, sino que esta se le presenta como un proceso, un *faciumdum*, un proyecto que ha de desarrollar día a día con miras a elegir lo que quiere ser. No es el destino el que traza nuestro porvenir ni realiza nuestra vida, sino cada uno de nosotros. Hemos, pues, con un libro en la mano. Concluido el trabajo, nos acomodamos en el rincón preferido de nuestro hogar. Todo cuanto nos rodea está en silencio. Ni un solo ruido o voz nos perturba. El ambiente es perfecto y adecuada la luz de la lámpara. Ha llegado, al fin, el momento de la lectura y nos sumergimos deleitosamente en ella. Poco a poco, sin darnos cuenta, dejamos de ser lo que somos y nos convertimos en el protagonista de la obra, a la vez ficticio y real. Hemos sido condenados, como Marsault, el héroe de Camus, a la pena de muerte y, ya en la cárcel, descubrimos el absurdo de la vida, pero también la dicha que nos poseyó. Dudamos con Hamlet, presumimos de nuestra condición de tenorios impenitentes y nos desesperamos a la par del párroco de Ambricourt, el solitario médico de almas de uno de los relatos de Bernanos. Sólo cuando terminamos la lectura volvemos a ser lo que en realidad somos, pero no hay duda de que nuestra textura vital ha sido extraordinariamente enriquecida.

Desde luego, para que todo esto sea posible, para que podamos ser, al menos por un tiempo y sucesivamente, el párroco de Bernanos, Don Juan Tenorio, Hamlet Marsault, es necesario no tanto un lector atento y reflexivo, sino capaz de desprenderse de su yo y, sobre todo, de colaborar con el autor. No estoy diciendo nada que no se sepa o que los críticos no hayan ya señalado, pero no está de más repetirlo. Para redactar su

narración, para complementarla, el novelista requiere del lector como la abeja del néctar que liba en la flor, de un lector imaginativo, fantasioso, dispuesto a enmendarle la plana y que contribuya a crear la trama.

No basta, empero, con que el novelista reciba la ayuda de sus lectores. De rigor es que también acuda a la de sus personajes. Semejantes afirmación pudiera resultar chocante para algunos. ¿Acaso no es el novelista el que los ha inventado? ¿No son producto de su imaginación? ¿No goza de la plena libertad de hacer que sean héroes o villanos, de ponerlos a sufrir a amar, de que actúen como cobardes o se eleven a las más altas cotas de lo sublime? ¿No es una prerrogativa exclusiva y personalísima del narrador? De primera intención, parecería que ese es un derecho que le asiste. Sin embargo, carece de él. Muy a menudo, los personajes que creamos son amables, condescendientes, dóciles y buenos compañeros de nuestro que hacer, pero otras veces se vuelven esquivos, insolentes, desafectos y reacios a nuestras pretensiones para con ellos. Bueno es, por consiguiente, que los mimemos, tratarlos con respeto y amabilidad y, de cuando en cuando, invitarlos a una cena suculenta, vino incluido, aunque nos salga cara. De lo contrario, nos costará trabajo apaciguarlos.

Decía Unamuno, ese excelso español permanentemente atormentado, que los personajes de la novela acostumbran a rebelarse contra sus creadores, negándose tajantemente a comportarse como queremos, lo cual es irrefutablemente cierto. Permítaseme la inmodestia de ilustrar esa rebeldía con un caso tomado de mi propia experiencia. Cuando concebí “Magdalena”, novela bíblica que, como es obvio, tiene por título el nombre de esa célebre pecadora de los Evangelios, tenía la intención de que mi protagonista, atraída por la jugosa oferta en dinero que le ofrecería Simón el fariseo a cambio de sus favores, se entregaría a él, aunque no sin repugnancia. Pues bien, llegado al capítulo en que debía ocurrir tal cosa, me sentí absolutamente impotente para escribirlo. Era como si una mano invisible se interpusiera entre el papel y yo. Al escena que había ideado desapareció como por encanto sin que acertase a recordarla, la redacción se asemejaba a un horroroso e indescifrable galimatías, todo lucía confuso y arbitrario. ¡Aquello fue un auténtico

desastre! Sólo al cabo de varios días de fatuo empeño me di por vencido y supe que Magdalena, a pesar del dinero que le rescataría de su pobreza, no deseaba mancillar su cuerpo. Unamuno tenía razón, por lo que me vi obligado a modificar el contenido del capítulo.

Con el Premio Nacional de Literatura, que hoy tan magnánimamente se me concede, quedo cargado de deudas y gratitud. De deuda a este hermoso país que me ha acogido como uno más de sus hijos. Tiempo hace que dejé de considerarme un emigrante para pasar a competir con todos ustedes penas y alegrías, sueños y desilusiones, luchas y anhelos de un futuro promisorio. De gratitud, por todo lo que me ha dado, que no es poco. Amo a la República Dominicana como si hubiese nacido en ella y, aunque suene a insolencia, no admito que nadie supere el cariño que le profeso. En virtud del decreto 7782 de fecha 23 de febrero de 1962, publicado en la gaceta oficial del Estado, tuve el honor de que se me otorgase la nacionalidad dominicana, no graciosamente, sino después de haber cumplido con los requisitos que exige la ley. Aquí vivo desde hace 46 años y aquí quiero ser enterrado. Este Premio de ninguna manera me ha envanecido. Sigo siendo la misma persona de siempre: uraño y seco para quienes no me conocen bien, sencillo y dueño de un humor negro según dicen mis amigos y, como el melancólico Petrarca, con un no sé qué de insatisfecho, tal vez por lo mucho que aún me queda por hacer. Gracias, muchas gracias, por su paciencia.

26 de febrero 2001